



La Santa Sede

JUAN PABLO II

ÁNGELUS

Domingo 9 de octubre de 1983

1. Entre los muchos aspectos que los Papas, los Santos y los estudiosos han puesto de relieve en el Rosario, en este Año Jubilar hay que recordar obligadamente uno. El Santo Rosario es una memoria continuada de la redención, en sus etapas más importantes: la Encarnación del Verbo, su Pasión y Muerte por nosotros, la Pascua que Él inauguró y que se consumará eternamente en los cielos.

Efectivamente, al considerar los elementos contemplativos del Rosario, esto es, los misterios en torno a los cuales se desgrana la oración vocal, podemos captar mejor por qué esta guirnalda de Ave ha sido llamada "Salterio de la Virgen". Igual que los Salmos recordaban a Israel las maravillas del Éxodo y de la salvación realizada por Dios, y llamaban constantemente al pueblo a la fidelidad a la Alianza del Sinaí, del mismo modo el Rosario recuerda continuamente al pueblo de la Nueva Alianza los prodigios de misericordia y de poder que Dios ha desplegado en Cristo en favor del hombre, y lo llama a la fidelidad respecto a sus compromisos bautismales. Nosotros somos su pueblo, Él es nuestro Dios.

2. Pero este recuerdo de los prodigios de Dios y esta llamada constante a la fidelidad pasa, en cierto modo, a través de María, la Virgen fiel. La repetición del Ave nos ayuda a penetrar, poco a poco, cada vez más hondamente en el profundísimo misterio del Verbo Encarnado y salvador (cf. *Lumen gentium*, 65), "a través del corazón de Aquella que estuvo más cerca del Señor" (*Marialis cultus*, 47). Porque también María, como Hija de Sión y heredera de la espiritualidad sapiencial de Israel, cantó los prodigios del Éxodo; pero, como la primera y más perfecta discípula de Cristo, anticipó y vivió la Pascua de la Nueva Alianza, guardando y meditando en su corazón cada palabra y gesto del Hijo, asociándose a Él con fidelidad incondicional, indicando a todos el camino de la Nueva Alianza: "Haced lo que Él os diga" (Jn 2, 5). Hoy, glorificada en el cielo, manifiesta

realizado en Ella el itinerario del nuevo pueblo hacia la tierra prometida.

3. Que el Rosario, pues, nos sumerja en los misterios de Cristo, y proponga en el rostro de la Madre a cada uno de los fieles y a toda la Iglesia el modelo perfecto de cómo se acoge, se guarda y se vive cada palabra y acontecimiento de Dios, en el camino todavía en marcha de la salvación del mundo.

Después del Ángelus

Mi particular saludo a todas las personas de lengua española, que han acudido a plaza San Pedro para recitar con el Papa la plegaria del ángelus. En especial saludo a los peregrinos españoles de Becerril de la Sierra y Moralarzal.

Con mi Bendición para todos y cada uno.
